

cluidos en un libro sobre la economía americana. Esta evaluación de un reconocido economista de Harvard, sobre nuestra experiencia con la economía mixta en años recientes, será, sin duda, de interés para los economistas del mundo entero. A diferencia de algunos de sus trabajos anteriores en que el autor desarrolla su tan pesimista "tesis de estancamiento", el presente libro ofrece una visión optimista de la economía mixta que permitirá un crecimiento y una prosperidad indefinidos en la economía americana.

ANATOL MURAD,
Universidad de Puerto Rico.

JACQUES BARZUN, *The House of Intellect*, Nueva York: Harper & Bros., 1959.

El Dr. Jacques Barzun, Decano de Facultades en la Universidad de Columbia, acaba de publicar un libro que merece cuidadosa atención. Un humanista cuya preocupación fundamental es la historia de las ideas, Barzun nos ofrece en este libro el rico caudal de sus experiencias y reflexiones. El autor es un observador agudo con un estilo extraordinario, y *The House of Intellect* es un ejemplo fidedigno de ello.

La tesis de Barzun es que los enemigos del Intelecto no son —como afirman la mayoría de los intelectuales— el comercialismo y la sociedad de masas. Sus verdaderos enemigos forman parte de la Casa del Intelecto misma; son ellos el arte, la filantropía y la ciencia. Por lo tanto, los lamentos de los intelectuales que he mencionado antes sólo contribuyen a esconder las verdaderas amenazas al Intelecto.

El Intelecto es para Barzun un conjunto de procedimientos y principios que requieren el más riguroso ejercicio. La disciplina, la voluntad de someter sus conclusiones al escrutinio público, la precisión; en fin, todo aquello que conocemos como sabiduría (*learning*) son las características principales de éste. De hecho, el Intelecto requiere una tradición, pues su existencia misma depende de la aceptación de ciertas reglas a las cuales los partícipes estén dispuestos a someterse. Su mayor virtud, nos dice Barzun, es la precisión en la articulación según ésta se manifiesta en el uso del lenguaje. Además, es característica del Intelecto la concentración, la continuidad y la autoconciencia. En el ejercicio de sus funciones, el Intelecto analiza, disecta, separa, define. La inteligencia, por otra parte, es especie de materia prima que poseemos todos, inclusive el mundo animal. "El Intelecto es la forma capitalizada y comunal de la inteligencia acumulada y convertida en hábitos

de disciplina, signos y símbolos de significado, cadenas de razonamiento y estímulos a la emoción —una taquigrafía e inalámbrico mediante el cual la mente puede pasar por alto los conectivos, reconocer la habilidad, y comunicar la verdad... Aquella parte del mundo que yo llamo la Casa del Intelecto, comprende tres grupos de personas: aquellas que consciente y metódicamente emplean la mente; las formas y hábitos que gobiernan las actividades en donde la mente es empleada de esa manera; y las condiciones bajo las cuales existen estas personas y actividades". La distancia del Intelecto a la inteligencia es la que hay del conocimiento (knowledge) a la sabiduría (learning). Esta fina distinción nos pone en la pista del tema central del libro: los enemigos del Intelecto.

Ya hemos mencionado los tres enemigos del Intelecto: el arte, la ciencia y la filantropía. El arte, porque siguiendo la tradición del Romanticismo concibe al Intelecto como una camisa de fuerza que impide el libre desarrollo de la "creatividad". Dentro de su esfera autónoma, el arte rehusa someterse a las reglas que guían y constituyen al Intelecto. La ciencia, por otra parte, intenta pasar por alto la distinción hecha por Pascal entre el espíritu geométrico y el espíritu de "finesse", mientras persigue con obstinado afán la verificación empírica de lo que no se puede verificar. Finalmente, la filantropía amenaza al Intelecto con su sentimentalismo y benevolencia, pues, en su afán por hacer sus beneficios accesibles a todos, degenera en el premio de la mediocridad. Estos tres factores, Barzun nos advierte, no son una característica exclusiva de la cultura norteamericana, sino de todo el mundo Occidental, especialmente cuando una nación ha adoptado la democracia igualitaria, el periodismo, la educación de masas y el culto del arte y de la filantropía.

El sentimentalismo filantrópico surte efectos en el campo de la educación. Las grandes fundaciones fomentan el culto de la investigación en menoscabo de la enseñanza. Al mismo tiempo, el miedo de perecer en la brega académica si se deja de publicar crea una compulsión en la comunidad académica de publicar a toda costa, no importa la calidad del trabajo. La depresión de las normas de excelencia académica en aras de cursos de "life adjustment", al igual que el énfasis sobre la utilidad práctica de los estudios de colegio son el resultado, de acuerdo con Barzun, de una filantropía cuyas raíces están en la democracia misma.

Barzun, sin embargo, reconociendo que el intelecto tiene sus límites, dedica un capítulo a una discusión de este problema. Uno de los límites del Intelecto radica en la política, y el autor señala los peligros de una intelectualización de ésta. El intelectualismo —o la tendencia a ver las cosas en términos claros, distintos y precisos— fre-

cuentemente choca con la realidad política, que resulta a veces mucho más compleja que cualquier esquema abstracto. De la intelectualización de la política surge como reacción algo peor: el antiintelectualismo. La política, nos quiere decir el autor, es el arte de lo posible, y por lo tanto permanece desafiante ante cualquier intento de racionalización a base de un sistema de ideas.

Este argumento en contra del intelectualismo en la política no es, claro está, nada nuevo, pues sirvió como base para la crítica de Burke a la Revolución Francesa y ha seguido siendo una piedra de toque del conservadorismo. Sin duda, la realidad política está compuesta por un cúmulo de experiencias que muestran su complejidad a través del establecimiento de instituciones que resisten los cambios violentos o abruptos. El intelectualista sólo ve irracionalidad y arcaísmo en el orden establecido, y su intelecto concibe con claridad meridiana las medidas a tomarse para la erradicación de los males sociales. En tanto en cuanto que esto ocurre, el utopismo de dicha posición filosófica es evidente, pues atribuye todos los males de la sociedad a instituciones defectuosas mientras concibe al hombre como esencialmente racional. Lo que el intelectualista subestima es la resistencia que son capaces de ofrecer las instituciones establecidas, al igual que la tendencia a la dominación del hombre por el hombre que atestigua la historia.

Barzun, sin embargo, no discute la posibilidad de una fórmula política que pretende lograr un equilibrio entre el cambio social y la estabilidad de las instituciones establecidas. Al intelectualismo desmesurado que el autor señala, es necesario oponer la fe en la razón que caracteriza al liberalismo, cuyas bases son la reforma gradual de las instituciones sociales y políticas mediante el uso del Intelecto. El liberalismo concibe como su misión la transformación de las instituciones ya obsoletas por instituciones que reflejan con fidelidad la forma más inteligente de distribuir los recursos de la sociedad, sin perder de vista aquella acumulación de experiencias en común que le sirve como base a una nación. Cómo conciliar el cambio sociopolítico con la inercia de las instituciones establecidas es el problema fundamental del liberalismo.

Para el autor lo fundamental es el reconocimiento de los límites del Intelecto en la política. Una vez que se haya logrado esto, es posible mantener al Intelecto en su legítimo lugar sin que se caiga en el intelectualismo político.

Finalmente, Barzun discute un argumento que se señala con frecuencia como una limitación del Intelecto: que éste es incapaz de captar la vida en toda su complejidad. La contestación de Barzun es que aun aquellos que pretenden abdicar en el uso del Intelecto se valen de él para la exposición de sus propias teorías irracionistas. En otras

palabras, que aun la teoría más irracionalista recurre al uso del Intelecto para poder comunicarse —la articulación precisa es tan necesaria a ésta como a cualquiera otra.

Tiene por consiguiente el Intelecto la responsabilidad de mantener intactas las normas y procedimientos que le caracterizan, de forma tal que pueda salir airoso en una prueba con sus enemigos. Pues el Intelecto —ese gran legado de la Cultura Occidental— se nutre precisamente del argumento y de la libre discusión, y su existencia es amenazada cuando, en nombre del arte, la ciencia y la filantropía, se recurre a la destrucción de sus cimientos.

MANUEL MALDONADO DENIS,
Universidad de Puerto Rico.

E. STRAUSS, *Common Sense About the Common Market*, Nueva York: Rinehart & Co., 1959, 168 págs.

Durante la guerra de Crimea, un general inglés, perdido en las glorias del pasado, seguía refiriéndose al enemigo como "los franceses", en lugar de los rusos con los que actualmente estaban en guerra. Tal parece que el señor Strauss se ve movido a recordar esta anécdota en su *Common Sense About the Common Market* debido a un sentimiento, no admitido, de que él ha sido víctima de un complejo similar. Cuando él habla del enemigo en 1959, habla de los alemanes en vez de los rusos y los describe, a base de las líneas tradicionales, como rudos, arrogantes, reaccionarios y dóciles. Aun en las instancias en que los alaba, deja al lector un sabor de que es todo lo contrario, como cuando llama a la Alemania de Adenauer y Ehrhard "un aliado extremadamente molesto" del mundo occidental. "Esto no se ha debido al ejercicio de los vicios políticos tradicionales —falta de tacto, arrogancia y egotismo nacional inhibido. Por lo contrario, la política alemana ha sido, como un todo, extremadamente hábil, conciliatoria y cooperadora, pero esto no ha eliminado la dificultad básica de la situación" (pág. 10).

La dificultad básica, de acuerdo con Strauss, es que Alemania simplemente ha cambiado su táctica. Su fin es aún el mismo —la expansión, pero, en vez de utilizar las bombas atómicas como arma, utiliza el Mercado Común, el cual, inevitablemente ha de conducir a una Europa bajo la dominación alemana, a menos que los países aliados de la Segunda Guerra no conserven su sentido común.

Para sostener esta tesis, el señor Strauss cita al predecesor del Mer-